

Nova Galacia

David Alonso



Capítulo 1

Xavier

Desde mi ventana, veo cómo el cielo nublado y oscuro de Nova Galacia se fragmenta en una fulgurante oleada de relámpagos, anunciando la llegada de una tormenta.

Yo me encuentro cómodamente sentado de espaldas a mi escritorio, con mi sombrero de vaquero sobre la frente y apoyando la cabeza entre mis manos mientras admiro las luces de mi hermosa ciudad en el horizonte. Espero con paciencia a mis próximos clientes.

La "Ciudad-Número-28-del-Distrito-3-de-las-Naciones-Unidas-de-América" (o, como su población prefiere llamarla, "Nova Galacia") se encuentra, de noche, repleta con anuncios de luces de neón que bañan los viejos edificios y casas con distintos colores, dándoles un aspecto hipnótico y lleno de vida.

A pesar de que Nova Galacia es una ciudad extremadamente pobre en relación a las demás regiones de la N. U. A., yo siempre he disfrutado de este ambiente tan perfectamente imperfecto con el que los ciudadanos tienen que lidiar día a día.

Me recuerda a los tiempos de antes. Los tiempos sin aero-coches o viajes a la Luna. Los tiempos en que el mundo se encontraba fragmentado por un montón de líderes e ideas que discrepaban entre sí.

Los tiempos en donde no teníamos que recurrir a los androides para encontrar la felicidad.

Lo sé, lo sé. Sé que pensarás de mí un hipócrita, un mentiroso.

Después de todo, soy dueño de una de las empresas más grandes de androides en el mundo. El letrero de "Empresas Eros" resplandece por toda la ciudad justo por encima de mi despacho. Si le preguntas a un ciudadano de Nova Galacia sobre su trabajo, sólo podrás obtener dos respuestas: o es mesero en un restaurante de segunda en Los Barrios, o es parte del Departamento de Ensamblado de mi empresa.

Sin embargo, tienes que entenderme. Un hombre siempre será víctima de las circunstancias. Y las circunstancias en estos días es que la humanidad ya no quiere saber nada sobre sí misma, mucho menos

entenderse entre sus individuos. Ahora quieren algo más que eso.

En pleno 2094, las personas no hacen otra cosa que buscar nuevas formas de separarse de la realidad en que viven para sumergirse en una completamente nueva, creada especialmente por y para ellos. Yo sólo les facilito los medios para que se construyan estas fantasías, a cambio de un poco de... remuneración monetaria (al fin y al cabo, uno tiene que comer).

Y, aún cuando no ganase nada de dinero, sé que seguiría haciéndolo. Después de todo, yo he estado en esta situación en la que se encuentra la mayoría de la gente, y lo más seguro es que siga estándolo.

Antes era completamente distinto. Era feliz. Sólo necesitaba a una persona.

Ahora mismo puedo recordar con toda claridad a mi esposo. Su tacto, su mirada, la forma en que me reprendía al dejar la taza del baño abierta, todo. Puedo recordar cómo nos quedábamos acostados en la cama por horas sólo para sentir nuestro calor, o el día que estuvimos hasta la madrugada en un pequeño restaurante de un distrito marino en la Nación Europea, riéndonos sin ningún motivo más que el dulce vino y el hecho de estar juntos... Debería haber sabido que una felicidad tan grande no podría durar mucho tiempo.

A veces desearía haberme ido con él, ¿sabes?. Que los dos hubiésemos contraído exactamente la misma enfermedad y que nos hubiésemos ido al mismo tiempo tomados de la mano. Por supuesto, no fue así el caso. El único consuelo que me queda ahora es saber que, si existe un dios, seguramente habrá recibido a mi esposo con los brazos abiertos.

Así que, cuando un pequeño grupo de gente brillante (entre los que me encontraba) ideó una forma de crear organismos sintéticos, yo encontré una esperanza para recuperar esa felicidad que tanto echaba en falta, aún sabiendo que era artificial.

Desgraciadamente, mi invención nunca logró reemplazar al amor de mi vida, y lo único que lograba era hacerme sentir más vacío que antes.

A pesar de esto, por todo el mundo surgió un gran número de personas que lograban hallar en mis androides ese cobijo del mundo real que tanto anhelaban, así que decidí continuar. Hoy en día, la gente que tiene problemas conectando con su entorno o que ha sufrido de una pérdida terrible puede venir a Empresas Eros y conseguir a ese ser querido (un hijo, un amigo, una pareja...) que tanto desean o que tanto anhelan de regreso. No parece importarles el hecho de que, por más real que luzca el resultado, al final siga siendo un producto. Y yo no soy nadie como para

arruinarles la ilusión.

Un relámpago solitario ilumina el cielo a lo lejos, por detrás del vasto desierto y las montañas que rodean a la ciudad. Cuando retumba el trueno, escucho la puerta de mi oficina abrirse y volteo mi silla.

Veo cómo mi secretaria, Lucy, atraviesa el umbral de la puerta acompañada por dos personas, cuyos rostros son iluminados por los colores que emana la ciudad a través de mi ventana. Calculo unos cuarenta años para ambos, y puedo ver que son una pareja, a juzgar por la forma en que entrelazan sus brazos el uno con el otro. Me levanto de mi asiento, ajusto mi sombrero y me acerco a ellos.

-Sus invitados, señor Smith -me dice Lucy, con su voz dulce y metálica.

- Gracias, Lucy. Puedes retirarte.

Mi asistente asiente ligeramente, y sus ojos marrones se iluminan con dos anillos de luz azul. Luego se dirige a la puerta de madera y la cierra por fuera. Yo me dirijo a la pareja. Ambos visten ropas finas y elegantes, definitivamente algo que no se conseguiría en Nova Galacia.

-¡Bienvenidos! Mi nombre es Xavier Smith. Supongo que ya sabrán que yo soy el dueño de esta empresa y todo lo relacionado con ella -sonrío y le ofrezco mi mano a la mujer. La miro a los ojos y noto que están enrojecidos. Acaba de llorar, pero ella actúa como si nada de eso hubiese ocurrido.

-Encantada, señor Smith. Mi nombre es Diana Miller. Este es mi marido, Han Miller -me responde Diana secamente mientras me estrecha la mano, escondiendo su tristeza con orgullo. Yo vuelvo a sonreír.

-¡Por supuesto que sé quiénes son! Cuando Lucy me dijo la clase de visitantes que habían llegado a hospedarse al Hotel Pygmalion, inmediatamente supe que tenía que traerlos hasta acá para atenderlos personalmente -retrocedo un poco, admirando a la pareja- ¡El gobernador del Distrito 20, y su encantadora esposa! Un placer -le estrecho la mano a Han y pregunto- Bueno, ya que estamos aquí, ¿qué los trae a Nova Galacia?

Los dos se miran nerviosos, como si se avergonzasen de lo que estaban a punto de decir. Finalmente, el gobernador (un hombre delgado, pálido y larguirucho) se llena de valor y da un paso al frente.

-B-bueno...señor Smith, n-nosotros estamos conscientes del trabajo que se realiza en estas... instalaciones... y...bueno... no sé si tenga ya haya oído sobre nuestro...caso...¿N-no? O-oh...el hecho es que nuestro...hijo...sólo un chico...apenas 17 años...él...-la voz de Han se

quiebra. Su esposa lo toma del brazo. Por un momento, deja entrever un gesto de ternura en su cara. Luego la vuelve a endurecer y continúa.

-Nuestro hijo, Matthew. Murió hace un año. Verá, él se encontraba manejando una noche en que había una fuerte tormenta de nieve. Y, ya sea por la nieve que caía violentamente sobre la calle desde hace semanas, o por el exceso de alcohol que había tomado en casa de sus amigos... ¡Ya le había advertido que no podía salir después de las doce!! -Diana aprieta el brazo de su esposo con fuerza. Se da cuenta de lo que hace y respira profundamente para tranquilizarse, al tiempo que suelta lentamente el brazo de Han. Continúa- El caso es que, esa noche, Matt no pudo notar el heli-bus que se encontraba en frente de él... Para el momento en que intentó esquivarlo, ya era demasiado tarde, y cuando llegaron los paramédicos, lo único que hallaron fue su cuerpo bajo la nieve, frío y destrozado por la caída del aero-coche.

Yo me quedo callado un momento. Me quito el sombrero para que la pareja pueda ver la pena en mi cara. Luego agacho un poco la cabeza.

-Oh, eso es terrible. Lo siento tanto, en serio. Nunca es fácil la pérdida de un ser amado -levanto la cabeza y tomo mi sombrero con ambas manos- Entonces, asumo que vienen aquí para... honrar el recuerdo de su hijo.

El gobernador del Distrito 20 se voltea a ver a su esposa, incómodo. He visto esa mirada tantas veces. La mirada que se pregunta si lo que están haciendo es moral, lo correcto...

-No se preocupen -continúo- Su hijo nunca será reemplazado, y sé no habrá nadie que se acerque a lo que Matthew significaba para ustedes. Sin embargo, lo mejor que pueden hacer es atesorar sus recuerdos. Y lo que yo ofrezco es el recuerdo más realista posible. Entonces, no teman. ¿Les gustaría dar un paseo por las instalaciones de Empresas Eros? Tengo un curso que les mostrará cómo hacemos las cosas por aquí, y que los guiará en cada parte del proceso. Si son tan amables de seguirme -me dirijo a la puerta y la abro, haciéndome a un lado para dejar pasar a la pareja- Después de ustedes.

Han mira a Diana de nuevo, y ésta se dirige con decisión a la puerta. Su esposo va detrás, lleno de nerviosismo. Resulta obvio que Diana es la verdadera gobernadora del Distrito 20.

Antes de cruzar el umbral de la puerta, la mujer se voltea y me mira fijamente a los ojos, como intentando leer mis pensamientos.

-Entonces ¿es cierto que puedes hacer una réplica exacta de mi hijo? Su personalidad, sus recuerdos...¿todo? -me pregunta, sin contener la

incredulidad en su voz.

-Es completamente cierto - le digo con la mayor seriedad posible.

Diana me estudia por unos momentos más, y luego veo cómo su expresión de dureza se derrumba para dejar al descubierto todo el dolor y desesperación que había sentido durante el último año.

- Él quería ser piloto de carreras -desvía la vista, y yo sé que está hablando para sí misma - Cuando cumplió 16, le compramos uno de esos famosos modelos de aero-coches de carreras para que pudiese entrenar. No dejaba de decirnos que llegaría a ser uno de los pilotos más grandes que el mundo haya visto, y que llegaría tan lejos como para competir en las Colonias Lunares. -me dirige una sonrisa llena de tristeza- A veces los chicos pueden llegar a ser muy estúpidos, ¿sabe? -luego agacha la cabeza y cruza la puerta.

Han Miller pasa detrás de ella lentamente, y, antes de salir, se arma de valor para decirme:

-D-disculpe, sólo una pregunta. ¿U-usted está...v-vivo? Q-quiero decir ¿es usted... real?

Yo suelto una risotada. No recuerdo haberme reído tan fuerte desde hace mucho, mucho tiempo. Me llevo mi sombrero al pecho y levanto la otra mano como si hiciese un juramento.

-Cien por ciento real, lo prometo. Alguien como Lucy nunca podría dirigir este lugar -de repente, mi cara se pone seria. Me enderezo y llevo las manos detrás de mi espalda- Si fuese uno de "ellos", ¿habría alguna diferencia? -le pregunto en tono desafiante.

El gobernador abre la boca para decir algo, pero luego se arrepiente y simplemente sale de mi oficina. Yo le doy unas palmaditas en la espalda, divertido.

Antes de seguirlos, volteo una vez más para admirar el cielo gris oscuro de Nova Galacia, y me quedo pensando por un momento.

Es este tipo de situaciones por las que hago lo que hago. Por las que he soportado tanto, sufrido tanto. Tal vez no podré crear vida, pero al menos puedo hacer una ilusión de ella. Y, a veces, eso es todo lo que la gente necesita. Así que no importa lo que tenga que sacrificar, lo que tenga que hacer para obtener lo quiero...nunca se comparará con los milagros que he logrado, la felicidad que he traído a tantas personas.

Observo cómo un último rayo parte el cielo en dos, retumbando con más fuerza que los anteriores. Yo vuelvo a colocarme mi sombrero y

cierro la puerta blanca de madera detrás de mí, mientras las gotas de lluvia comienzan a azotar la ventana.

Capítulo 2

Teo

La estruendosa tormenta seguía azotando las calles de Nova Galacia mientras Teo López aparcaba su coche frente al viejo bloque de apartamentos en el ala oeste de la ciudad. Teo salió del coche con unas cuantas bolsas de comestibles en la mano y se detuvo a observar con algo de resentimiento el imponente edificio central de Empresas Eros, cuyo nombre (acompañado por un ojo gigantesco debajo de éste) bañaba la calle donde se encontraba de distintos colores que se alternaban entre sí. Teo miró con detenimiento el símbolo de la compañía, y se incomodó un poco al sentirse observado por ese inmenso globo ocular en el cielo. Tomó su paraguas del coche y salió disparado hacia el edificio donde vivía.

Había sido un día duro para él. Hacía unas semanas que su equipo tenía encargado un trabajo importante para el gobernador de uno de los Distritos, y todos en la empresa habían estado bajo mucha presión para poder conseguir hasta el último detalle en el reemplazo de su hijo.

Por si fuera poco, la lluvia no había dejado de azotar la ciudad en todo este tiempo, y el constante repiqueteo de las gotas y retumbar de los truenos molestaban sobremanera a Teo mientras intentaba concentrarse al reproducir los recuerdos de "Matthew Miller" en la madrugada.

Teo no se tomaba su trabajo en el Departamento de Memoria a la ligera. Su habilidad y talento (no sólo para crear y recrear recuerdos con un alto nivel de realismo, sino también para infundirles algo de vida propia) lo habían convertido en uno de los mejores en el área. "Te lo juro, Teo. Si esas memorias estuvieran en televisión, serían consideradas obras de arte", le repetía constantemente Henry Fischer, su único amigo en la empresa y uno de los pocos amigos que tenía en toda la ciudad. Desde que había llegado a Nova Galacia, su trabajo había sido lo único en que podía concentrarse, aunque una parte de él sabía que las memorias eran lo único que le ayudaban a encontrar algún tipo de sentido y orden en su vida.

A Teo siempre le habían gustado las historias. Incluso podía recordar cómo se la pasaba haciendo historietas desde niño, hasta el punto de que sus padres lo reprendiesen constantemente por olvidar sus deberes. Y sin embargo, sin esas historietas él no estaría allí.

La puerta del edificio azotó violentamente mientras Teo entraba corriendo a la recepción, abrazando con fuerza las bolsas de comestibles que

cargaba mientras las protegía con su paraguas. La sala de recepción estaba vacía (quizá la encargada había salido por un tiempo) y Teo se detuvo un momento a recuperar el aliento. Acto seguido, se dirigió al elevador mientras se quitaba su largo abrigo y sus zapatos llenos de barro.

En el elevador, sus pensamientos se dirigieron de nuevo a las historietas de su niñez. Esas historietas los habían llevado a trabajar en un pequeño periódico de su ciudad natal, en la recién llamada "Ciudad 123-58" (Número-123-del-Distrito-58-de-las-Naciones- Unidas-de-América), en los bordes del ahora desaparecido país de México. Cuando el periódico cerró, Teo no estaba dispuesto a trabajar en otra cosa que involucrase abandonar sus preciadas historias.

Para fortuna suya, su padre tenía un amigo que había comenzado a trabajar en una nueva compañía que se encontraba escalando rápidamente en el mercado. 'Empresas Eros' desarrollaba organismos sintéticos para el uso cotidiano de la gente, y el concepto se encontraba ganando cada vez más popularidad. Con este crecimiento tan repentino, la empresa comenzaba a necesitar una gran cantidad de personal, así que Teo decidió mudarse a la Ciudad 28-3 para ocupar un pequeño puesto en el Departamento de Memoria.

Teo salió del elevador y caminó por un largo y pobremente iluminado corredor, mojando la alfombra con sus calcetines sucios. Tan pronto le llegó el olor a suciedad mojada, se apresuró a llegar a su apartamento con la única intención de tomarse una larga ducha. Abrió torpemente la puerta del Apartamento 304, mientras malabareaba con las demás cosas que llevaba en brazos, y entró exhalando un suspiro mientras dejaba las bolsas y el paraguas en la mesa de la cocina.

El apartamento se encontraba iluminado únicamente con la luz que llegaba a través de una gran ventana que daba al exterior, cubierta con unas cortinas blancas. Con esto, el departamento entero cambiaba de color cada cierto tiempo, siguiendo el patrón que daban los anuncios y los pocos faroles que funcionaban en la calle.

Frente a la ventana y a un lado del televisor, Teo logró distinguir una silueta en la oscuridad que se alzaba con lentitud de uno de los sofás.

-Hola, Eve -dijo Teo con tranquilidad, mientras comenzaba a ordenar los comestibles en la mesa.

La silueta giró sobre sí misma con rapidez y corrió a encender la luz de la cocina, volviendo más cálida la habitación con una luz amarillenta. Acto seguido, la silueta (ahora convertida en una alta y esbelta mujer) saltó a los brazos de Teo mientras llenaba arrebataadamente su cara con un millón de besos. Teo se resistió un poco al principio, pero finalmente se dejó

llevar por el abrazo de Eve. Al ser más alta que Teo, ésta se tenía que inclinar para poder besarlo.

-¡Hola, cariño! ¿Cómo te fue en tu día? -su 'novia' se separó un poco de Teo para limpiarle su cara mojada- Pensé que nunca llegarías -Eve sonrió con dulzura y, por un instante, sus ojos se iluminaron con dos anillos de luz azul, haciéndolos contrastar con el amarillo de la habitación.

Eve era hermosa. ¿Cómo no podía serlo, si había sido diseñada específicamente para ser perfecta? Era de piel aceitunada, con un cabello negro que le caía en cascada sobre los hombros, labios rojos y carnosos, y unos preciosos ojos azules. Llevaba un bonito vestido azul con un estampado de flores que combinaba con sus ojos.

-Lo siento. Me retrasé comprando la despensa - le respondió Teo, cansinamente.

-¡Oh, por supuesto! Deja que te ayude con eso. ¡Debes estar exhausto! Lo que tienes que hacer es tomarte una ducha caliente y relajarte. Vamos, deja eso, yo me encargo -Eve agarró a Teo por los hombros y le dio un suave empujoncito hacia el baño. Éste se dirigió diligentemente hacia la ducha.

Una vez rejuvenecido por el agua caliente, Teo se dirigió a la sala de mejor humor. El olor a humedad se había desvanecido y ahora había sido reemplazado por un tufo a aceite y carne ahumada. Eve le preparaba unos huevos con tocino mientras tarareaba una melodía que, a pesar de su voz metálica, sonaba tan dulce como el canto de un ave.

-¿Dónde aprendiste eso? -le preguntó Teo, mientras se secaba el cabello con una toalla. Eve se volteó hacia él con una sonrisa.

-¿Te gusta? En la tarde apareció una cantante muy bonita en televisión. ¡Deberías haberla visto, cariño! ¡Nunca había escuchado algo así!

-No lo sé...no soy muy fanático de la televisión estos días. Cada vez se vuelve más difícil distinguir lo que es real de lo que no. -Teo dejó la toalla encima de un sofá y se sentó a la mesa de la cocina- El otro día estaba viendo una entrevista con el gobernador del Distrito 20... Han Miller ¿lo recuerdas? Se le veía muy desesperado por encubrir todo indicio de lo que estaba haciendo en Nova Galacia, ¿puedes creerlo? Empresas Eros es una de las compañías más grandes en el mundo, y la gente todavía se avergüenza de tener androides en público.

-Bueno...no te preocupes por eso, querido. -Eve se acercó a la mesa y depositó un humeante plato con huevos y tocino frente a Teo- La gente siempre se asusta con el cambio, y esas personas todavía no pueden

comprender este tipo de relaciones. -Eve se sentó al otro lado de la mesa y tomó a Teo de las manos- No pueden entender lo hermoso que puede llegar a ser lo que tenemos tú y yo- sonrió dulcemente.

Teo contrajo sus labios en una rápida sonrisa como respuesta y apartó con delicadeza sus manos de la androide para poder comer.

A pesar de que había tenido a Eve desde hacía unos cuantos meses, todavía se sentía incómodo cuando la androide se comportaba de una manera demasiado íntima con él. Y Teo se preguntaba si no podía confiar en ella por el hecho de ser un robot, o simplemente era su forma de ser con los demás. Después de todo, las únicas personas 'reales' con las que hablaba eran Tony y Henry. Él tenía toda una ciudad a su alcance, y lo único que hacía era quedarse en su apartamento junto con su 'novia-robot', lamentando amargamente su soledad.

Cuando acabó de cenar, los dos se sentaron en el sofá de la sala para ver la televisión, una de las pocas distracciones que quedaban después de que otros medios como el Internet hubiesen sido removidos de la sociedad hace años. En la pantalla apareció un hombre entrevistando a una esbelta mujer cuyo rostro había sido enterrado bajo una montaña de maquillaje y con un largo vestido rojo con lentejuelas.

-...¿Y entonces, qué hiciste? - preguntó el entrevistador con falso interés, pensó Teo.

-Bueno, estaba empezando a incomodar a los invitados, así que tuve que pedirle que se fuera -respondió la celebridad- Afortunadamente su dueño apareció poco después para llevárselo. Y yo siempre tengo la mentalidad de respetar las decisiones de la gente, ¿sabes? Pero sí es un poco grosero el tener que recibir uno de esos pedazos de hojalata en mi casa, cuando siempre he dejado muy clara mi opinión acerca de ellos. No me parecen muy benéficos para la sociedad. No tienen ese elemento...humano, no sé si me explico...

Teo se retorció algo molesto en el sofá. Incluso en Nova Galacia, la ciudad donde se construían los androides, seguía habiendo una gran reticencia hacia ellos. "La gente siempre se asusta con el cambio" se dijo a sí mismo recordando las palabras de Eve, "sólo no les hagas caso". Desgraciadamente, eso no evitaba que la gente lo juzgase con la mirada al descubrir que salía con una androide. Se dispuso a levantarse, cuando Eve posó una mano en su rodilla.

-¿Ya te vas, cariño? Podemos ver otra cosa.

-Tengo que trabajar, Eve.

-¡Oh, vamos! Quédate un poco más. Estás agotado -la androide lo tomó de la mano-. Tienes que descansar en algún momento. Esas memorias no se irán a ningún lado.

Teo se le quedó mirando un momento, y luego asintió. Se recostó de nuevo en el sillón y dio un respingo cuando Eve se acercó a él y apoyó la cabeza en sus piernas. Teo se quedó quieto por un tiempo, y se fue relajando gradualmente. A pesar de que no podía sentir la respiración de la androide o sus latidos, una oleada de seguridad le llegó al sentir su cuerpo acomodarse contra él. Posó una mano en su oscuro cabello y comenzó a acariciarlo. Una sonrisa asomó en la cara de Eve.

Unos minutos después, Teo cerró los ojos lleno de cansancio mientras Eve permanecía recostada con la cabeza en su regazo, ambos bañados por la luz multicolor que entraba por la ventana y la pequeña pequeña pantalla que tenían frente a ellos.

Capítulo 3

Sam

-¿Otro?- preguntó la teniente Samantha Brown al ver entrar retorciéndose por la puerta de la pequeña estación de policía a un desaliñado hombre de mediana edad, acompañado por su compañero en turno, el agente Dawson, quien empujó al detenido hacia la recepción y cerró rápidamente la puerta antes de que la lluvia empapase todo el lugar.

Nova Galacia era, la mayor parte del tiempo, una ciudad en donde nunca ocurría nada de importancia. El crimen era escaso y la mayor parte del tiempo se reducía a problemas menores (al menos en el norte; los Barrios Bajos eran un tema completamente distinto) . Tener tres o cuatro arrestos al día en la zona donde Sam trabajaba ya era extraño, pero esa noche albergaban a siete detenidos (ocho ahora). Y, aún así, sólo se habían dispuesto dos policías para el turno nocturno. Sam hizo una mueca de sólo pensarlo.

-Es esta maldita tormenta, Sam- El agente Dawson dejó caer al preso en una de las viejas sillas cerca de la ventanilla por la que hablaba su compañera y lo esposó a un tubo adherido a la pared- No sé qué tiene que está sacando a tipos así de sus agujeros.

El hombre lucía demacrado, con su cabello gris enredado y sucio, y vistiendo un abrigo que parecía haber sido arañado en distintas partes.

Sam presionó un botón en una consola encima de su escritorio, al lado de una fotografía enmarcada de un niño de siete años. Frente al oficial Dawson se encendió una pantalla adherida a la ventanilla, y éste se acercó para registrarse mientras se sacudía el uniforme mojado.

-Bueno, ¿cómo lo encontraste? -preguntó Sam.

-Estaba cerca de las instalaciones de Empresas Eros. Gritaba como loco en medio de la calle, asustando a la gente, hasta que alguien lo reportó. Supongo que se habrá escapado de los Barrios Bajos, aunque no sé cómo podría haber llegado tan lejos. El caso es que, cuando me le acerqué, éste se abalanzó hacia mí y... ¡Oye, tú! ¡Deja de moverte...! - Dawson se volvió hacia el hombre y le asestó una patada para tranquilizarlo, y luego se alejó al ver la mirada de desaprobación de Sam. A ninguno de los dos le gustaba tratar con ese tipo de gente, pero la teniente siempre procuraba actuar de manera profesional, aún cuando a

nadie en esta ciudad pareciese importarle. Eso (aunado al hecho de que era una de las personas con más tiempo en la comisaría) inspiraba cierto respeto en sus compañeros.

El detenido levantó su rostro y dirigió la vista hacia Sam. La blanca luz que emanaba de su cubículo contrastaba con la sucia y amarillenta bombilla del techo, y resaltaba la expresión de aturdimiento del hombre. Éste comenzó a respirar entrecortadamente y a emitir gemidos de dolor mientras forcejeaba con las esposas.

-...arrrrgh...nosabenloquehacen...
noestánasalvoaquí...nosonloque...-el hombre balbuceaba con una voz apenas perceptible, retorciéndose en su asiento. Los agentes optaron por ignorarlo.

-Bien, te dejaré pasar -dijo Sam al ver a Dawson acabar de registrarse y presionó otro botón en su consola. De repente sonó una alarma y un pequeño foco se iluminó en verde encima de la puerta al lado de su cubículo.

-¡Vamos, levántate! -Dawson liberó al detenido de la pared y lo obligó a ponerse en pie. Sam tomó un bastón de metal al lado de su silla y apoyó en éste el peso de una de sus piernas, lesionada hace ya un tiempo. Se quedó en pie mientras veía a los dos hombres entrar.

El detenido se dejó llevar y mantuvo la compostura mientras el oficial lo situaba frente al detector de metales para registrarlo. Sam notó su repentina tranquilidad, ahora lo único que hacía era rotar sus muñecas aprehendidas por las esposas, como si esperase que la fricción lo liberase de alguna forma.

Una vez acabada la inspección, Dawson dejó al hombre frente a Sam mientras se dirigía a archivar las pertenencias que había conseguido en el cuarto contiguo (no eran mucho; nada más que unas pocas monedas, basura mojada y un desgastado caballito de ajedrez hecho de madera). Sam se acercó a una pantalla clavada a la pared e introdujo sus datos para registrar al detenido.

-Señor ¿podría decirme su nombre?- preguntó la teniente con voz tranquila. El hombre levantó la vista y la observó detenidamente. Comenzó a mover sus muñecas de forma más violenta. Las alarmas de Sam se dispararon, pero ésta intentó mantener la calma. Respiró hondo-. Señor, por favor. Necesito que...

En ese momento se oyeron un crujido y algo parecido a una rápida corriente de aire emanando del brazo derecho del hombre mientras éste se liberaba de las esposas que lo sujetaban. Sam vio cómo una de sus manos se estampaba contra el suelo, desprendida del resto de su cuerpo.

La teniente intentó sacar su taser del cinturón, pero el hombre se abalanzó hacia ella antes de que pudiese reaccionar. Con su mano izquierda agarró la muñeca de Sam y con el brazo mutilado la estampó contra la pared, salpicándola con su sangre. El bastón de la oficial salió disparado y se estrelló contra su escritorio, derrumbando las cosas encima.

Sam miró al hombre a los ojos, tan abiertos que podrían haber saltado de su cara en cualquier momento, y llenos de confusión y desesperación. Sus rostros estaban tan cerca que podía oler la humedad que había contraído de la lluvia. La fuerza del hombre la había tomado por sorpresa, pero lo que la dejó helada fueron sus ojos marrones al resplandecer con dos anillos de neón azul.

-¡Oye! - Dawson salió del cuarto de evidencias a toda prisa.

- "¡YA NO HAY JUDÍO NI GRIEGO...! -comenzó a recitar el androide con una voz metálica y oxidada- ¡NI ESCLAVO NI HOMBRE LIBRE...! -en ese momento, el agente Dawson se abalanzó hacia él y lo tiró al suelo, pero el robot continuó- ¡No hay hombre ni mujer... arrrrgh...porque todos ustedes...son uno solo en Cristo Jesús..!" - se detuvo y volteó a ver a Sam- Por favor...- suplicó.

-¡Cállate! -le ordenó su compañero mientras presionaba la cabeza del androide contra el suelo. Éste comenzó a emitir sollozos ahogados, pero no hizo nada por liberarse.

Sam se acercó a Dawson cojeando y se apoyó en la pared. El agente había dejado de ejercer fuerza sobre su oponente al ver que ya no se retorció. La teniente observó el brazo mutilado del hombre: donde había estado su mano ahora se encontraban un montón de cables rotos y empapados en un líquido azul oscuro. Su compañero volteó a ver a la oficial y siguió su mirada.

-¡Sam, es...!-comenzó a decir sorprendido al ver los cables.

-Lo sé -Sam se miró las manos para comprobar que el líquido con el que la habían salpicado no era sangre.

-¿Cómo crees que un androide haya acabado así? ¿Dónde estará su dueño?

-No tengo idea, esto es muy extraño -la teniente se arregló el uniforme y se dirigió hacia su escritorio para recoger su bastón- Creo que lo mejor será que lo encierres en una celda mientras decidimos qué hacer con él.

-¿Escuchaste las cosas que decía? ¿Sabes a qué se refiere?

-Sonaba a algo salido de la Biblia. No te podría decir más -algo le decía que era mentira, pues esas palabras habían resonado en ella como si fuesen de un recuerdo borroso, pero no quería preocupar a su compañero.

-Y yo que creía que éste tipo no podía caerme peor -resopló Dawson mientras se levantaba. Le asestó un patada al androide con resentimiento, y éste comenzó a sollozar.

-Oye, déjalo en paz -le advirtió Sam.

-¿Estás loca? ¡Esta chatarra acaba de intentar matarte hace unos segundos!

-No creo que haya querido matarme, Rick. Ni siquiera intentó escapar; sólo se me quedó mirando como si no supiera qué hacer. Creo...creo que estaba asustado.

-Pues debería- Dawson se arrodilló y agarró al androide por el cuello de su abrigo para ponerlo en pie-. Porque si nadie viene a reclamar esta cosa...

-Te dije que pares, Dawson. Deja las estupideces para los que diseñan estas máquinas. Mira...nosotros sólo tenemos que hacer nuestro trabajo. Esperaremos hasta mañana para decidir qué hacer con él junto con los demás.

Sam comenzó a arreglar su escritorio. Se aseguró de que la consola estuviera en orden y levantó las cosas que se habían caído. De repente reparó en el marco tirado en el suelo y lo recogió. Se quedó mirando a la fotografía por un momento. Su hijo le devolvió la mirada con una sonrisa. El tiempo se detuvo para ella por un instante, hasta que apartó la vista y dejó el marco en su lugar. Descubrió a Dawson observándola fijamente.

-¿Está bien, teniente?

-Esto...sí. Sólo... me quedé pensando -la oficial no tenía tiempo para pensar en su hijo en este momento-. Vamos, te daré acceso a la parte de atrás -activó un botón en su consola y la bombilla de una puerta al fondo de la habitación se iluminó en verde. Se dirigió hacia ella y Dawson la siguió con el androide apoyado en sus hombros.

La teniente accedió a un largo pasillo repleto de celdas en ambos lados, cubiertas con grandes paneles transparentes para poder ver dentro de ellas. Desbloqueó la celda 3-B y se apartó para que su compañero entrara, ignorando las miradas curiosas de algunos de los detenidos en

otras celdas (la mayoría se encontraba durmiendo).

Dawson dejó caer entre resoplidos al androide en una de las celdas. El robot lucía derrotado, mirando al techo con desolación. La agente nunca había visto algo así, y se sorprendió sintiendo algo de compasión por una de esas máquinas.

Los dos oficiales salieron de la celda y escucharon un golpe enfrente de ellos. Uno de los detenidos intentaba llamar su atención.

-¡Oigan! ¿Es eso lo que creo que es? -preguntó.

-Señor, por favor guarde la calma, esto no es de su incumbencia. Deje dormir a los demás -dijo Sam de forma autoritaria y el hombre se encogió de hombros y regresó a sentarse en su litera. La teniente presionó un botón en la puerta de la celda 3-B y el panel que la cubría se oscureció, haciendo imposible ver lo que había dentro. Los oficiales regresaron a la recepción.

Dawson se acercó un brazo a la nariz y lo olió con cara de disgusto.

-Mierda, necesito un baño.

-Podrás regresar a casa cuando hayas completado la documentación del caso, Rick.

Su compañero se restregó la cara y exhaló un largo suspiro.

-Hazlo tú Sam, por favor. Estoy demasiado empapado y en lo único que puedo pensar ahora es en tomar un baño caliente.

Sam hizo una mueca, pero acabó aceptando. Sabía que Dawson ya había hecho suficiente.

-Bueno, creo que iré a descansar entonces. ¿Segura que estará bien, teniente?

-Sí, claro. No te preocupes. Me quedaré a esperar a los del siguiente turno. No falta mucho para que lleguen.

Sam se dirigió a la consola para dejar salir a Rick. Se detuvo cuando notó con el rabillo del ojo a su compañero observando la fotografía que tenía en su cubículo. La oficial le dirigió una mirada hostil mientras ponía el marco boca abajo en el escritorio y Dawson apartó la mirada avergonzado.

Sam no estaba lista para hablar de su hijo después de todo lo que había pasado. Todavía no. Desbloqueó la puerta y su compañero salió a la

recepción.

-Buenas noches, teniente -Dawson hizo un gesto de despedida y finalmente salió del edificio.

La oficial se le quedó viendo a través de la puerta de vidrio mientras Rick se metía en su coche y se perdía de vista. Luego se dirigió a una pantalla detrás de ella y la encendió para acceder a las cámaras de seguridad. Se quedó un largo rato observando la celda 3-B, pero en ningún momento notó que el androide moviese un músculo, ni siquiera para cambiar su expresión de horror.

Poco tiempo después llegaron dos policías para reemplazarla y Sam les explicó lo que había ocurrido. Luego tomó su abrigo, su bastón y una sombrilla de su cubículo para salir a la lluvia.

Unos cuantos coches pasaban frente a ella salpicando agua a ambos lados de la calle, pero, por lo demás, el lugar estaba tranquilo. Sam buscaba las llaves de su auto cuando se detuvo en seco.

Al otro lado de la calle podía ver una figura oscura, iluminada solamente por los faros de los coches y el edificio de Empresas Eros a lo lejos. La figura se encontraba inmóvil y observando fijamente la comisaría. Sam pudo distinguir que vestía un gran sombrero y un largo abrigo, pero no podía ver su cara. Finalmente, la silueta sacó de uno de sus bolsillos una pequeña tabla luminiscente. "Un celular", pensó Sam al reconocerlo en los programas de televisión que veía (ni siquiera la policía tenía acceso a esos aparatos desde hace años, teniendo que conformarse con viejos teléfonos rotatorios, esas horribles y aparatosas pantallas en las paredes y unas cuantas cámaras de seguridad). La silueta se acercó el celular a la cara mientras se metía en uno de los coches aparcados.

Sam se quedó paralizada y sin saber qué hacer mientras veía el coche perdiéndose en la lejanía. Algo le decía que cosas aún más extrañas estaban a punto de suceder en Nova Galacia.